

Y TU PASO TAN AUDAZ

Lucy Garrido

La almacenera, el carnicero y los primeros violines de las mejores orquestas. Mis abuelos, mi padre y toda tu familia. Tantos obreros y modistas, cocineras, directoras de teatro y escultores. La feriante, el que vende los quesos, la vecina que le discute y la mayoría de los que estamos mirando. Todos migrantes. La madre del presidente y la novia del muchacho de al lado. Todos hijos y nietas de migrantes. Se puede hacer el ejercicio de pensar a Montevideo sin la rambla, al país sin las vacas, y hasta al agujero sin el mate. No se puede pensar al Uruguay sin los migrantes.

El mundo entero no puede pensarse sin tener en cuenta a los 800 millones de personas que actualmente están viviendo fuera de sus respectivos países. De esa cifra, el 50 por ciento son mujeres. Y no es por casualidad: el sector del mercado laboral que tiene más migrantes es el de los servicios, es decir, la enfermería, el trabajo doméstico, los cuidados, el turismo y hasta los servicios sexuales. Son los trabajos menos valorados y por lo tanto, más feminizados. Trabajos ejercidos muchas veces en condiciones precarias y violentas. Trabajos que hablan de desigualdad económica y social, de países exportadores desde el sur hacia las promesas del norte desarrollado.

Pero el punto esta vez no es hablar de las uruguayas que se fueron a España, a Estados Unidos o Suiza sino de las bolivianas, peruanas, argentinas, brasileñas y paraguayas que decidieron venir a trabajar a nuestro país como hace tantísimos años lo hicieron gallegos, andaluces, tanos, polacos o libaneses.

Esta publicación habla de esas mujeres que armaron las valijas y dejaron a sus familias a cargo de otras mujeres para que con sus remesas mejorara la vida de quienes se quedaron. Habla del trabajo doméstico y de la nostalgia que sienten, sí, pero también de la autonomía y la independencia que van adquiriendo al vivir en otro país. Habla de cómo se van organizando para poder ejercer cada vez más sus derechos. Y claro, de rebote también habla de cómo son algunos uruguayos... a veces da mucha vergüenza.

Otras veces, por suerte, tenemos la seguridad de que así como fuimos el primer país en ratificar el Convenio 189 de la OIT sobre trabajo doméstico, o así como la ley 18.250 es un avance fundamental en materia de migración, también seremos capaces de superarnos a nosotros mismos y diseñar una política migratoria más coherente que, a la vez que abarque la protección de los derechos humanos de quienes deciden vivir en otro país, castigue los abusos y erradique la discriminación en contra de las personas migrantes.

Debemos mirar atentamente de dónde venimos y ayudar a que en nuestra región se amplíen los argumentos a favor del derecho a migrar de todas las personas y de que ese derecho sea ejercido libremente y contando con toda la información y seguridad.

Los uruguayos y uruguayas tenemos que hablar más sobre migración. Tenemos que hablar de las remesas y también de las nuevas comidas que aprenderemos a cocinar, de los ritmos musicales, de nuevos modismos en el lenguaje, del intercambio de nostalgias y costumbres.

Es como hablar de nosotros mismos.

ELLAS TEJEN LA RED

Se marchan de sus países en busca de un empleo para mandar dinero a sus familias. Creen que Uruguay es un lugar de oportunidades. Algunas dicen estar bien, otras consideran que las explotan. Son mujeres migrantes que se desempeñan como trabajadoras domésticas.

Ana Artigas

Migrantes Roberto Rey



2

El encuentro está fijado para las dos de la tarde del domingo. Quince minutos antes de la hora señalada, ya hay seis mujeres esperando en la vereda de un Centro vacío. Es el día que tienen para ellas, para descansar y para ver a sus amigas. Mientras aguardan que se abra la puerta de Cotidiano Mujer, charlan, comparten información y se dan consejos.

Comienzan a llegar en grupos de cinco, de diez. La mayoría trabaja en Carrasco, Pocitos o Punta Carretas. Se pasan a buscar o se encuentran en alguna esquina para tomar juntas el ómnibus. Muchas inclu-

so, se conocieron hace tiempo en el transporte colectivo; como Leticia, de México, y Laura, de Perú, que un domingo viajaban en un 105 y al romperse, tuvieron tiempo de reconocerse como extranjeras e irse a visitar el Parque Rodó. Después de un primer encuentro, se presentan unas a otras, se hacen amigas y se suman al grupo.

Todas ellas están invitadas a participar en un taller para que las trabajadoras migrantes se informen sobre sus derechos. Una propuesta que nació en Cotidiano Mujer hace cerca de un año, tras la muerte de Mercedes Abad, una migrante peruana

de 52 años, quien fue atropellada por un ómnibus. Como muchas trabajadoras domésticas en Uruguay, Mercedes Abad no estaba inscrita en la seguridad social. La familia para la que trabajaba esgrimió que esta falta se debió a que Mercedes no lo había querido: el argumento más extendido para justificar la omisión al cumplimiento de la ley. Mercedes era jefa de familia y dejó cuatro niños huérfanos en su país.

Esta tragedia fue el arranque para realizar unos encuentros que permitieran tejer una red de apoyo. Un espacio para

que se informaran sobre sus derechos y, al mismo tiempo, para que las migrantes compartieran sus historias con otras mujeres con los mismos problemas, sueños y esperanzas. A los talleres asisten alrededor de 60 mujeres. La mayoría de Perú, pero también hay bolivianas, y de otros país como Chile, Cuba, Ecuador y México.

Muchas son jefas de hogar en su país y envían el dinero a sus familias, otras tienen a sus hijos estudiando en Uruguay. Es el caso de Victoria, que cuenta que está contenta: “Me siento muy bien de estar aquí entre todas mis compatriotas e inmigrantes de otros países, y de estar en Uruguay, una tierra de oportunidades: yo nunca trabajé en mi país, acá sí. Mis hijos estudian y trabajan, uno hace derecho, el otro economía, el tercero está en Cuba estudiando medicina”.

La mayoría participa de los encuentros para asesorarse en temas laborales y por la incertidumbre que tienen sobre lo que les corresponde o no exigir a las personas que las contrataron, otras tienen dudas en torno a los trámites migratorios, algunas temen sufrir represalias en caso de ir a Migración si ya pasaron el plazo de los 90 días en que pueden estar como turistas. Sin embargo, los talleres

también son un espacio de contención en el que se reconocen y sienten como iguales. Todas tienen muchas ganas de hablar. Mirta llegó hace cinco meses de la Habana, la invitó su hermana que reside en Uruguay desde hace 15 años: “Me parece que es rápido conseguir trabajo aquí, porque antes de que pasaran dos meses ya tenía empleo, conseguí una buena familia cerca de donde vive mi hermana, estoy cuidando a una señora mayor, vivo con ella. La señora aporta por mí. Quisiera



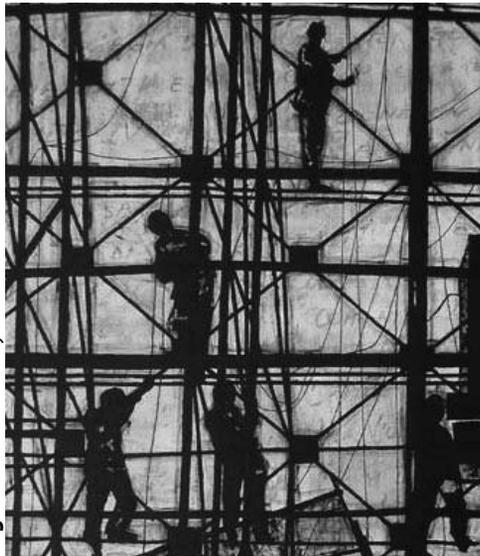
Migrantes Roberto Rey

ra quedarme un tiempo porque veo que aquí hay muchas posibilidades. Pero después volver a la Habana, que tengo a mi hija allá”.

Lorena vino hace más tiempo que Mirta. Llegó hace un año de Ecuador con el Embajador, y tiene un contrato con todos los derechos en su país. Además de encargarse de la casa, estudia gastronomía. “Yo arreglé para poder estudiar aquí. Trabajo 8 horas, aunque a veces tengo que hacer un poco más cuando hay algún evento social. Los martes y miércoles me dan tiempo para ir a estudiar. Estoy contenta, quiero quedarme a terminar mis estudios y después, Dios sabrá lo que me depare”.

Un buen “acuerdo” también consiguió Leticia, de México. Es el segundo país al que migra. Primero llegó a Estados Unidos cruzando el desierto, trabajó en muchas tareas. Su último trabajo en ese país fue con una familia uruguaya que le ofreció mudarse en Uruguay: “Me pagan lo mismo que me pagaban allí, 1.500 dólares, cuido a los niños y me encargo de limpiar la casa. Lo bueno es que ahora sí voy a poder ir a México, no tengo más miedo de ser deportada”.

Otras no están tan contentas, como María: “Estoy pensando en irme de donde estoy porque sé que me tendrían que pagar mis vacaciones y la patrona no quiere, yo le dije que me tiene que pagar, pero insiste que no”. María cuenta además que se siente un poco frustrada porque aunque tiene a su hija viviendo en Montevideo, no la puede ver nunca porque las dos trabajan muchas horas y su hija además va a la Universidad: “Nos vemos algunos jueves o domingos”, relata esta mujer que viene de Perú, mientras Irma, una de sus compatriotas, busca darle ánimos.



Migrantes Roberto Rey

Se apoyan unas a otras. Los días de descanso se juntan para comer, muchas veces en dos restaurantes peruanos que quedan en el Centro. Cuentan que si está lindo van al parque o a la rambla, y si no, pasean por los centros comerciales y caminan. Las unen las comidas, las costumbres y el estar lejos. En el período que han vivido en Uruguay se han hecho amigas y confidentes. Comparten el escaso tiempo libre que tienen.

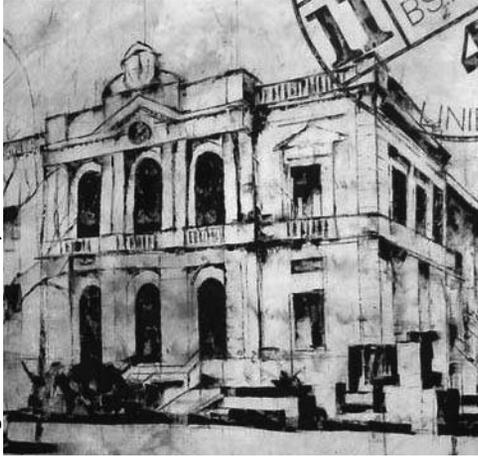
Pocos datos

Hay pocas cifras y estudios sobre la inmigración femenina en Uruguay. De acuerdo con el informe “Perfil migratorio de Uruguay 2011” de la OIM, los datos preliminares del censo 2011 indican que entre los inmigrantes internacionales llegados a Uruguay en la última década, un 34,9% nació en Argentina; un 17,5% en Brasil; un 2,7% en Chile; un 4% en Perú, un 2,8% en Paraguay y un 5,5% en otros países de Sudamérica. De estos porcentajes, lo que se destaca es que la inmigración de países como Perú o Paraguay es nueva y podría ir en aumento.

“Hay poca información para hacer un perfil sobre la inmigración femenina, pero lo importante es que es un fenómeno nuevo y que quizás esté creciendo. Si siguiera bajando el desempleo, seguro que va a aumentar este flujo. En Uruguay es nuevo, pero en Argentina hubo siempre. Tiene un impacto importante en Carrasco y Punta Carretas porque es ahí donde se concentran, generalmente y vienen a ocuparse en el trabajo doméstico”, explica la demógrafa Adela Pellegrino.

En el mismo sentido, Julieta Bengoechea, antropóloga que trabaja en el equipo de Pellegrino destaca que lo que se ha estudiado en Argentina es que “son mujeres que se vinculan a tareas del cuidado. Lo que se ha investigado allí es que hay una red formada que sirve de nexos, y hay otras que llegan y se conectan con agencias de colocación. No lo hemos estudiado todavía en Uruguay, pero podemos plantear la hipótesis de que puede estar sucediendo algo parecido”.

Los estudios sobre migraciones internacionales indican que las mujeres han dejado de verse como inmigrantes que acompañan al varón, para tener el rol



protagónico en estos proyectos. En este escenario, algunas investigaciones apuntan a la cadena global de cuidados, en la que las migrantes se separan de sus hijos pequeños, quienes quedan al cuidado de una abuela o una tía, para ir a cuidar hijos ajenos.

En este sentido, el proyecto “Abriendo Mundos. Mujeres migrantes, mujeres con derechos”, que estudia la migración femenina andina, destaca que el aumento de la migración de las mujeres “reposaría, entre otros factores, en los altos porcentajes de jefatura de hogar femenina existentes en las localidades

tradicionalmente expulsoras de migrantes”. El mismo estudio enfatiza que las motivaciones de las mujeres, en general, no se refieren a “intereses propios (salvo las estudiantes), sino vinculados a otros: la familia”.

Con documentos

Una buena noticia para las personas de otros países que deciden venir a vivir a Uruguay es que desde el pasado mayo es posible tramitar con mayor facilidad la cédula provisoria. Para Rinche Roodenburg, del colectivo Idas y Vueltas, integrante de la Red de Apoyo al Migrante, este documento es “fantástico porque les permite trabajar”.

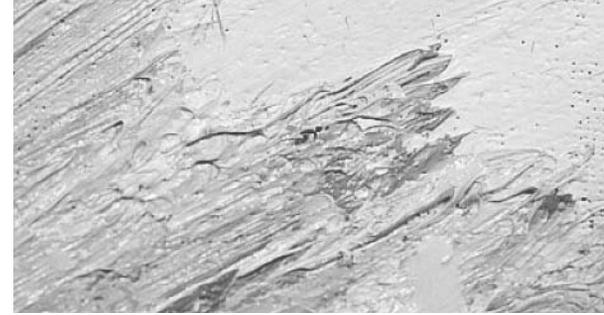
Uno de los problemas que Roodenburg nota desde su organización es la falta de coordinación entre los organismos del Estado que facilite la llegada a las personas migrantes: “Muchas veces lo que se necesita es que alguien les diga ‘vaya a tal lugar’. Creo que es necesaria una información totalmente compartida, una guía para el que llega al país y quiere sacar la documentación, dónde atenderse si se enferma, a dónde ir si tenés hijos, cómo co-

brar asignaciones familiares. Habría que ver dónde se distribuirían estas guías: en Tres Cruces, el BPS, Salud Pública”, detalla y agrega, “la situación de los inmigrantes en Uruguay no es tan mala, no digo que no se pueda mejorar, se puede hacer mucho más, pero en comparación, por ejemplo, acá no se expulsa a nadie, lo que insisto, no quiere decir que no podamos hacer las cosas mejor”.



“AL LLEGAR, NO SABÍA CÓMO BUSCAR TRABAJO”

Filomena Martínez



6

Tengo 71 años y soy de una provincia de Arequipa, en Perú. Viví muchos años en Lima, donde tenía un negocio: vendía jugos y cosas dulces. En la época de Fujimori hubo una crisis económica y empecé a tener problemas, no me mantenía con lo que ganaba y decidí emigrar. Llegué a Montevideo en el año 2001 y de casualidad. Mi idea era ir a Buenos Aires, pero al bajar del avión pensé “esta ciudad es lo mismo que Lima”, así que le dije al taxista: “Lléveme para ir a Uruguay”. Me dejó en el Buquebús. A las 11 de la mañana ya estaba acá.

No conocía a nadie. Tenía una amiga, pero no sabía su número. Ella me habían dado el teléfono de otro peruano. Lo llamé. Vivía en la Gruta de Lourdes. Él me ofrecía alojamiento por un par de días. Me fui hasta ahí. Me acuerdo que era el 6 de enero y estaba todo lleno de juguetes. El muchacho me recibió muy amable, con el almuerzo preparado. Me preguntó que

si quería ducharme pero yo esperé a que llegara su mujer porque tenía miedo a un hombre solo. Recuerdo que hacía un calor horrible. A las 7 de la noche, cuando llegó su mujer, me bañé.

Tuve suerte porque mi amiga justo llamó ese día. Me dijo “estás loca, ¿qué haces aquí?”. Ella trabajaba en Carrasco, así que me tomé un ómnibus para ir a verla y llegué a las 10 de la noche. Mi amiga me dio la llave de una habitación que compartía con otros peruanos en una pensión en la Ciudad Vieja. Me dio plata para el gas para que me cocinara. Abrí el cuartito y me quedé allí unos cuatro días.

Acá no se busca trabajo igual que en el Perú. Allá pegan un cartel en la ventana “se necesita persona para la cocina”, “para limpieza”. No sabía cómo buscar trabajo. A las 5 de la mañana me iba a la plaza Independencia y pensaba “la primera perso-

na que pase me tomará”. Todo me parecía carísimo: un pan costaba 7 pesos y en Lima 10 céntimos, no me gustaba el pan porque era duro, sufrí mucho por eso.

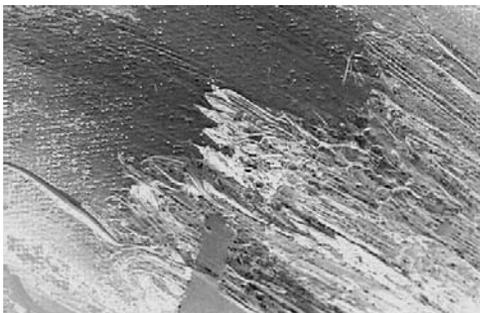
El primer trabajo me lo consiguió esta amiga. Empecé a trabajar con la Marquesa, es muy conocida, ella vive en Londres. Entré como cocinera de los perros. Nos daba muy buena comida y nos pagaba bien.

A los dos meses de estar aquí me enfermé. Me dio fiebre y vómitos. Mientras estuve mal, el hermano de la Marquesa, que es médico, fue a la casa a ver a su madre y no me quiso atender. Yo creía que los sacerdotes y los médicos no podían negarse a ver a nadie.

Mi compañera buscó entre los remedios de los perros y encontró un medicamento que dan a los niños y lo tomé. Me repuse.

Así fue que decidí hacerme el documento. Me ayudó una peruana casada con un uruguayo, me puso el sello que necesitaba para el trámite. A los dos años me fui de la casa de la Marquesa, le hice un juicio en el Ministerio de Trabajo por otro problema que tuve con ella y se lo gané. Después estuve cuatro años en San José con una viejita, luego en una casa en Carrasco, pero renuncié porque no quisieron darme el aumento que correspondía.

Ahora estoy en otra casa de Carrasco. Gano 10.800 pesos y tengo los aportes en regla. Son muy respetuosos y hay buena comida, algo que es importante -conozco una amiga que está en un lugar donde todo es light y se siente muy mal- nuestro trabajo necesita mucha energía. Cuando deje de trabajar en esta casa ya no buscaré más trabajo, me vuelvo a mi país, no tengo edad para estar lejos de mi familia. Allá tengo a mi hija y mis nietos.



“ESTOY MUY APEGADA CON LOS NIÑOS”

Matilde Pérez

Tengo 35 años y soy de La Paz. Trabajo hace 15 años con una familia boliviana. Ellos me trajeron. Cuando me contrataron, el niño no tenía un año, me encariñé con él. Y como soy sola, cuando me ofrecieron que me fuera con ellos a Venezuela, acepté. Hace un año y medio que nos mudamos de Caracas a Montevideo. Ahora son tres niños que cuidar, de 9, 12 y 15 años. Estoy muy apegada con los niños. A mi país viajo todos los años, la señora me paga el pasaje.

Mi madre y casi toda mi familia, menos una hermana que está en Argentina, viven en La Paz. Soy aymara. En mi casa hablamos aymara y español. Extraño las reuniones con mis amigas, la música folclórica, Saya se llama. Uruguay me gusta más o menos, me gusta el verano, el frío no. Es muy húmedo, el moho entra en la casa, no me gusta la humedad. También la vida es muy cara, no puedes salir tanto al cine porque no alcanza. En Bolivia es más barato.

Trabajo todo el día, no tengo horario. Pero si tengo que salir, puedo hacerlo. Empiezo a las 6.30 de la mañana y termino a las 9 de la noche. Pero puedo cortar el horario. Descanso del sábado al mediodía hasta el lunes. Me pagan 11.000 pesos. No tengo seguro médico. Si me enfermo me llevan adonde ellos están asegurados. No aportan por mí ni aquí ni en Bolivia, son diplomáticos, tienen leyes especiales. La señora me dice que como me paga el pasaje de avión, no hace mis aportes. Pero es que a mí no me ‘hala’ la plata, sino los chicos, mis amigas siempre que se enteran de cuánto me pagan me dicen que me pueden conseguir algo mejor, pero yo les digo que están los niños, ellas me dicen que los niños son prestados, que un día van a crecer y se van a ir y no voy a tener nada.



8

En época de frío, cuando descanso me pongo a ver películas con los muchachos. Si no, salgo con alguna amiga, vamos al shopping, a caminar o a visitar a otra amiga. Puedo recibir visitas en mi trabajo pero no lo hago porque no es mi casa, tengo la incomodidad adentro. Cuando estoy sola sí, estoy un poco más tranquila.

Cuando llegué no conocía a nadie. Estaba afectada porque había dejado amistades en Caracas, la casa estaba vacía. Es muy triste, uno llega a un país donde no tienes familia ni amigos. Primero salimos con los muchachos a conocer. Era agosto, estaba frío, había mucho viento. Venía de un calor tan rico de Venezuela a un frío tan horrible. Después, una chica que había venido con una familia de Venezuela, a través de la familia donde trabajo, me dijo para salir. Y en la parada me encontré con una colombiana que me preguntó de dónde era y me dio su teléfono para que la llamara para vernos.



Para conocer algo de la ciudad, nos subíamos a cualquier ómnibus y nos bajábamos en el destino, y volvíamos. Poco a poco fui conociendo a más gente, más amigas. La misma colombiana me invitó a ver a otra amiga que me cayó muy bien y me invitó a su cumpleaños y conocí a más gente. Todas son empleadas domésticas (nosotras no le llamamos así, le llamamos de servicio). Las uruguayas no se dan con nosotras porque tienen a sus familias aquí. Alguna me invitó a su casa, pero a mí me da vergüenza ir porque está toda la familia, el marido y los hijos. Las del interior tampoco se relacionan con nosotras porque tienen sus costumbres, les gusta ir a la feria, se llevan su mate y se hacen sus panes con fiambre.

No quiero quedarme a vivir acá, a lo mejor hasta que los señores decidan regresar, y si no, me iré yo o bueno, si me enamoro quizás me quedo aquí, no lo sé.

GÉNERO Y TRAYECTORIA MIGRATORIA EN URUGUAY: EL CASO DE LAS TRABAJADORAS DOMÉSTICAS

Para muchas mujeres que deciden radicarse en nuestro país, el estatus de ciudadana es una condición difícil de alcanzar. En algunos casos, su derecho a la alimentación, la educación y la salud son vulnerados.

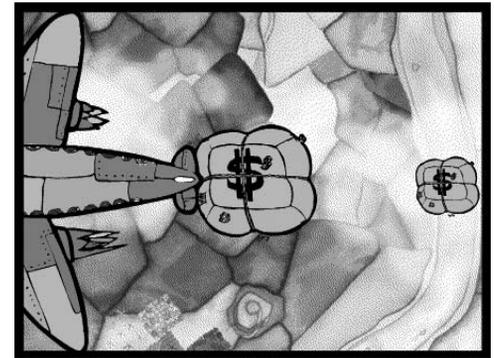
Valeria España*

En los últimos años, Uruguay ha experimentado un nuevo proceso migratorio.

A partir de 2006, la “diáspora uruguaya” comenzó a revertirse, un fenómeno que incluye tanto a retornados como a nuevos migrantes. Asimismo, a diferencia de los años donde la migración europea era mayoritaria, actualmente ha aumentado progresivamente la llegada de migrantes regionales, en su mayoría mujeres, principalmente de Argentina, Brasil, Paraguay, Bolivia y Perú. Dentro de esta categoría, las mujeres que deciden migrar a Uruguay se desempeñan, principalmente, como trabajadoras domésticas en casas de familia de grupos de alto poder adquisitivo.

Esta feminización de la migración regional, nos obliga a profundizar sobre cómo la perspectiva de género constituye una categoría estructurante en el proceso migratorio: las mujeres que migran, lo hacen para desempeñar trabajos que tanto la sociedad emisora como de destino considera “trabajo de mujeres” .

Por otro lado, si consideramos que en el caso de la migración femenina, “la decisión de migrar de las mujeres suele estar estrechamente ligada a decisiones familiares”, tal como lo han señalado Courtis y Pacea en diversas investigaciones, podemos afirmar que “qué mujeres migran está estrechamente vinculado con qué mujeres se quedan”.



En este escenario, es necesario analizar cómo se entrecruzan y refuerzan ciertas variables (ser migrante y trabajadora doméstica y, en algunos casos, ser indígena) que colocan a muchas mujeres que deciden radicarse en Uruguay en situaciones de vulnerabilidad, exclusión y discriminación.

Migración y Trabajo

En términos generales, Uruguay ha logrado distinguirse como un país igualitario e inclusivo; específicamente en el ámbito del trabajo doméstico ha sido el primero y único en ratificar el Convenio 189 de la OIT sobre Trabajo doméstico, y la legislación uruguaya en esta materia es la más avan-

n el caso del derecho a la alimentación, a menudo no se satisface de manera plena al restringírseles alimentos en calidad y cantidad. Su satisfacción está supeditada a la discrecionalidad de “el patrón” o “la patrona”. Por otra parte, debido a las jornadas excesivas y al nulo o casi inexistente horario de descanso, no tienen tiempo para capacitarse o asistir a instituciones educativas, por lo que su derecho a la educación también se ve vulnerado.

A su vez, las personas migrantes no cuentan con atención médica básica a pesar de que se afirma que el Sistema de Salud es universal. Si bien podrían asistir (de manera restringida) a los servicios públicos, la falta de acceso y de tiempo en sus trabajos para disponer libremente de sus horarios dificulta la posibilidad de visitar al médico cuando es necesario.

Además, su estatus migratorio obstaculiza su integración a la comunidad política de Uruguay. La falta de cédula de identidad es una condición que agrava el sentimiento de no pertenencia y exclusión, justamente porque el acceso a un gran número de servicios públicos está restringido a quienes poseen este documento. Si bien ha habido modificaciones sustanciales para facilitar la obtención de una cédula provisoria, la autoridad migratoria para muchas personas migrantes sigue pareciendo lejana e inaccesible.

Dificultades y aprendizajes

Es impostergable generar condiciones para visibilizar a las trabajadoras domésticas migrantes en Uruguay. Establecer mecanismos que permitan vincular de forma interinstitucional políticas que hoy están siendo desarrolladas dentro del ámbito estatal y que son valiosas en sí mismas, pero que al estar desarticuladas, no tienen el impacto esperado.

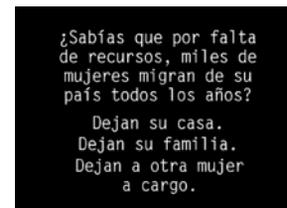
A su vez, redoblar los esfuerzos para difundir los derechos de las trabajadoras domésticas, fortalecer las garantías de protección de sus derechos laborales y de las políticas orientadas a erradicar la discriminación en razón del origen étnico, nacional y racial.

En definitiva, las situaciones de abuso que enfrentan muchas mujeres todos los días en el ejercicio de su derecho a migrar nos obligan a seguir buscando desde nuestros diferentes campos de trabajo las posibles vías de protección y de reconocimiento de derechos, pero al mismo tiempo también nos invita a reconocer, que en medio de tales infortunios, “la migración es un proceso exigente e intenso”, como sostienen Courtis y Pacceca, “no sólo en los esfuerzos que demanda sino también en los aprendizajes que genera y en las posibilidades que abre. Independientemente de la escasa o nula modificación de las estructuras de subordinación, los sujetos que atraviesan



la experiencia migratoria suelen modificar su propia percepción de sí mismas, en particular en relación a su agencia y a su capacidad de gestionar situaciones complejas y de incertidumbre” .Y esta mirada resulta fundamental tomarla como punto de referencia para ampliar nuestra perspectiva en el camino de la reivindicación de los derechos de las mujeres migrantes.

12



* Abogada, Integrante de Cotidiano Mujer.

Resulta interesante observar cómo el caso uruguayo no escapa del esquema que sigue en diversos lugares el género en la migración, que se visibiliza a través de redes de mujeres involucradas en el proceso migratorio: “las que cuidarán a sus hijos en el lugar de origen, las que colaborarán con el viaje, las que asistirán con la vivienda y conseguirán trabajo en el lugar de destino, y las que les darán empleo. En este proceso, el género, como categoría muda, sostiene una trama conflictiva de relaciones de desigualdad y de reciprocidad simétrica y asimétrica. Uno de los ámbitos donde esta operatoria tiene mayores implicaciones es el del empleo, que es justamente aquello que anima la migración” COURTIS, Corina; PACECCA, María Inés, Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Papeles de Población, Vol. 16, Núm. 63, enero-marzo, 2010, pp. 155-185.

(....) los factores fundamentales al momento de decidir la migración de una mujer son su edad, el lugar de poder que ocupa en el seno de la familia, su etapa en el ciclo vital (si deja niños atrás o no) y la capacidad del hogar de prescindir de su trabajo en función de la existencia o no de otras mujeres en condiciones de reemplazarla en sus actividades domésticas” Idem.

Desde el año 2006, Cotidiano Mujer tiene una línea de trabajo específica con trabajadoras domésticas y mujeres migrantes (ver www.cotidianomujer.org.uy) y forma parte del proyecto “Abriendo mundos. Mujeres migrantes, mujeres con derechos” (www.abriendomundos.org).

COURTIS, Op. Cit.

IR Y VOLVER

En el proceso migratorio, muchas personas han retornado a Uruguay. Los lazos familiares y la crisis económica en Europa y Estados Unidos son razones de peso a la hora de emprender la vuelta.

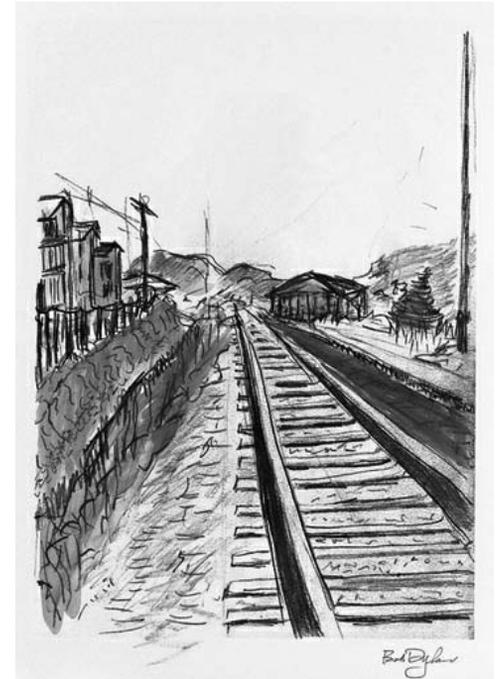
Aunque Leonor deseaba regresar a Uruguay, la vuelta se le hizo cuesta arriba. Sabía que significaba empezar de nuevo. Sentía mucha incertidumbre. Después de seis años en España, dejaba todo lo que había construido para buscarse la vida otra vez en Montevideo. “Cuando llegué todo el mundo me preguntaba que por qué había vuelto, que si estaba mal de la cabeza. Eso me molestaba, ¿Por qué volví? Porque no me sentía muy feliz, extrañaba a un amor y a mi familia. El trabajo era bueno, pero cada vez que ocurría algún problema, me sentía desamparada”, cuenta y agrega que adaptarse otra vez a Uruguay le costó bastante, aunque después de cuatro años se siente en casa y está contenta con la decisión.

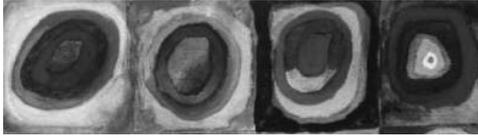
Historias de retorno como la de Leonor se escuchan cada vez más en nuestro país. De acuerdo al informe “Retornos y repatrios de uruguayos y uruguayas-2011” del Ministerio de Relaciones Exteriores, en 2011 unas 2.792

personas que regresaron al país pasaron por algún lugar de Cancillería, el triple de las que lo hicieron en 2009. De ellas, más de la mitad estaban viviendo en España, el 54%, y el 23% en Estados Unidos; el resto llegó de Argentina, Brasil e Italia.

Estos datos son apenas una aproximación: no todos los uruguayos que retornan al país pasan por estas oficinas y, al mismo tiempo, es muy difícil cuantificar la entrada de quienes cuentan con pasaporte extranjero al contar con doble nacionalidad. En este sentido, otro estudio, el “Perfil migratorio de Uruguay 2011” realizado por la OIM, a través de la Encuesta Continua de Hogares constata que más de 5.000 personas manifestaron haber vuelto a residir en Uruguay en 2008, la misma cantidad en 2009, y más de 6.000 en 2011.

Entre las razones por las que retornan figuran, además de las crisis ya citadas, “el





recrudescimiento de las leyes de migración en Estados Unidos, con un procesamiento de captura y deportación, sostiene Verónica Filardo², quien además considera que otro elemento a tener en cuenta es “la idea en el imaginario de que Uruguay está creciendo y de que estamos con los niveles de desempleo más bajos de la historia”.

14

La socióloga puntualiza en el estudio de tipo cualitativo, que le interesaban las experiencias vitales, cómo había sido el proceso y qué les había pasado al llegar. En esta línea destaca que en el discurso de la mayoría de los entrevistados que se habían ido, se oía “porque Uruguay no daba para más, no era mi situación, yo tenía trabajo, pero decidí irme”. Para la experta, si bien es un tema en el que seguir profundizando, “la decisión de emigrar aparece mucho antes de ser el último recurso” y agrega “quizás no sea la crisis la determinante, sino que la crisis lo que determina es la incapacidad de ver el progreso. No es que te vayas a morir de hambre, sino que tu proyección de vida es crecer más”.

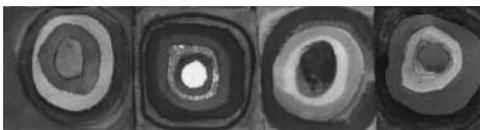
Una reflexión que está en sintonía con los motivos que tuvo para irse Leticia, una uruguaya que retornó al país hace un mes y medio, después de vivir 12 años en Mallorca. Leticia cuenta que antes de marcharse sentía mucho desaliento “la gente estaba tan bajoneada que lo que yo quería era sacudirme. Acá trabajaba en el Sodre por 1.500 pesos y tenía mi taller de restauración de muebles, iba tirando, pero tenía esto en la cabeza, quería ver otras cosas. Ya había estado de viaje en Italia y Mallorca, y me habían invitado a quedarme allí. También me tiraba un poco que mi abuelo era mallorquín”.

En España Leticia se dedicó a pintar casas y restaurar muebles, oficios que tiene pensado seguir haciendo acá. “Ahora me dicen ‘volviste por la crisis que hay allá’, y puede ser que sí, eso te influye, pero yo tenía pensado regresar, tenía muchas ganas de volver, mi madre y mis tías están viejitas, mi padre murió estando yo allá, eso me marcó mucho”, relata.



Leticia cree que ha tenido suerte pero no le ha sido fácil la vuelta. Confiesa que al llegar tenía una idea distorsionada de la realidad: “Al principio casi me vuelvo, veía defectos por todos lados: la ciudad sucia, la gente en la chiquita. Ahora estoy mejor, te tenés que volver a enamorar del país, de la gente. Todos los lugares tienen lo bueno y lo malo”. En cuanto a los trámites que tuvo que hacer al llegar, no tiene quejas: “Yo no recurrí al ámbito público, solo fui al Ministerio de Relaciones Exteriores por el tema de la salud y me atendieron muy bien. Me ofrecieron la bolsa de empleo y unos microcréditos, pero yo ya venía con la idea de un taller para restaurar”.

Otras uruguayas que regresaron, sintieron muchas barreras para volver a instalarse en Uruguay. Es el caso de Jimena, una médica que volvió hace un año y medio de Barcelona, que no ha podido revalidar el título de posgrado que logró en uno de los lugares de renombre de su especialidad. Cuenta además que al llegar, tampoco pudo pedir un préstamo en un banco para comprar su vivienda y que le fue difícil abrir una cuenta bancaria. Jimena y su pareja son médicos, se fueron para seguir formándose en el exterior, aunque el motivo de retorno a

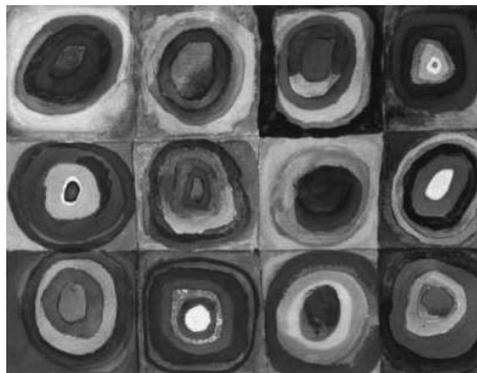


Uruguay no fue lo profesional, sino los afectos: “Formamos una familia y queríamos que nuestros hijos tuvieran un entorno familiar”.

La adaptación cuesta y la decisión de volver implica ganancias y pérdidas. En cuanto a cómo están las personas que retornan, Filardo explica que hay una diversidad de casos: “A muchos les cuesta adaptarse al nivel de vida, al nivel de consumo, sobre todo a los que vienen de Estados Unidos. Una imagen recurrente de los entrevistados es la de que llenaban el carrito del supermercado, claro que a cambio de esto están más tranquilos, no tienen esa sensación de temor de ser deportados”.

Para la socióloga, este proceso de ida y vuelta no significa necesariamente que la persona se quede definitivamente en Uruguay: “Es retornado porque volvió ahora, pero esta persona ya tiene una predisposición a migrar”. En este punto explica que “la familia ata mucho pero

sin embargo, gracias a la tecnología, hay capacidad para mantener los vínculos de forma permanente, cotidiana. Y esto funciona para los dos lados, para cultivar las redes en el exterior y para los lazos acá”.



Oficina de Retorno y Bienvenida, Oficina de Asistencia al Compatriota, el Centro de Atención Ciudadana y Sección Automotores.

Investigadora del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UDELAR, encargada de realizar para la Comisión Sectorial de Población de la OPP el estudio Expectativas y experiencias de retorno de uruguayos en el exterior, que aún no se ha publicado.

